

## Capítulo 4

### Una puerta abierta en el cielo

([índice](#))

**Apocalipsis 4:1-2:** Después de esto miré, y vi que había una puerta abierta en el cielo. La primera voz que oí era como de una trompeta que, hablando conmigo, dijo: “¡Sube acá y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas!” Al instante, estando yo en el Espíritu, vi un trono establecido en el cielo, y en el trono, uno sentado.

Ese "cielo" no es el espacio donde vuelan los astronautas. Incluso si el hombre alcanzara algunos de los planetas de nuestro sistema solar, no divisaría el cielo que a Juan se le presentó en visión. “Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Juan 4:24). El Cielo es el lugar del trono de Dios, y el ser humano no puede alcanzarlo por medios físicos.

Pero se nos concede la oportunidad de contemplarlo por la fe a través de la puerta abierta en el cielo, y lo que vamos a ver es más real que cualquier objeto astronómico de los que podemos observar con un telescopio.

**Apocalipsis 4:3-4:** La apariencia del que estaba sentado era semejante a una piedra de jaspé y de cornalina, y alrededor del trono había un arco iris semejante en su apariencia a la esmeralda. Alrededor del trono había veinticuatro tronos, y en los tronos vi sentados a veinticuatro ancianos vestidos de ropas blancas, con coronas de oro en sus cabezas.

El arco iris se forma cuando la luz solar se refracta en las gotas de agua de la nube. Ese arco iris que rodea el trono de Dios simboliza

su misericordia —la luz solar— y su justicia —la nube, la tormenta—. Esa combinación de justicia y misericordia se vio en la cruz de Cristo, que es un reflejo de la gloria del cielo.

¿Quiénes son los “veinticuatro ancianos”? Ángeles no pueden ser, ya que la palabra “anciano” no se aplica nunca a un ángel en la Biblia, sino a seres humanos con honor y experiencia. Un anciano es alguien que ocupa un puesto de responsabilidad debido a su madurez espiritual.

Los veinticuatro ancianos llevan coronas de oro en sus cabezas, de lo que podemos deducir que son vencedores (Apocalipsis 2:10 y 3:11; 2 Timoteo 4:8). Se sienten indignos de llevar esas coronas en la presencia de Jesús (Apocalipsis 4:10-11). De lo anterior podemos deducir que se trata de seres humanos redimidos de la tierra mediante la sangre de Jesús.

Puesto que la Biblia enseña claramente que los muertos en Cristo siguen durmiendo en sus sepulcros, aguardando la resurrección en la venida de Cristo (1 Tesalonicenses 4:16-17), ¿cómo es posible que esos veinticuatro ancianos estén ya en el cielo? La única respuesta que se puede encontrar en la Biblia es que se trata de “los santos” que resucitaron cuando resucitó Cristo: “Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido se levantaron, y saliendo de los sepulcros, después de la resurrección de él vinieron a la santa ciudad y aparecieron a muchos” (Mateo 27:52-53). Pablo afirmó que cuando Cristo ascendió al cielo, “subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad” (Efesios 4:8).

¿Por qué los ancianos son ni más ni menos que veinticuatro? Los sacerdotes que servían en el ministerio del antiguo templo estaban divididos en veinticuatro grupos (1 Corintios 24:1-18). Su labor consistía en asistir al sumo sacerdote. Esos veinticuatro ancianos

tienen el honor de asistir a Cristo en su obra en el santuario celestial. Saben cómo ayudar, pues ellos mismos fueron una vez débiles pecadores tal como lo somos nosotros.

**Apocalipsis 4:5-11:** Del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios. Y delante del trono había como un mar de vidrio semejante al cristal; y junto al trono y alrededor del trono, cuatro seres vivientes llenos de ojos delante y detrás. El primer ser viviente era semejante a un león; el segundo era semejante a un becerro; el tercero tenía rostro como de hombre; y el cuarto era semejante a un águila volando. Los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: “Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir”. Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.

¿Quiénes son esos cuatro “seres vivientes”? Hay seres en el cielo, que al lenguaje humano le resulta difícil describir. Las naves espaciales envían fotos de Marte o Saturno que los modernos astrónomos no pueden descifrar. Si nuestros planetas próximos presentan ese desafío, ¿cuánto más debió contemplar Juan en sus visiones del cielo, cuya descripción desafía las capacidades del lenguaje humano?

Es muy probable que se trate del mismo grupo de ángeles que los profetas de Dios del Antiguo Testamento contemplaron en visión.

Isaías vio serafines que tenían cada uno “seis alas”, y que “el uno al otro daba voces diciendo: ¡Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos!” (Isaías 6:2-3). Ezequiel vio a cuatro “querubines” (Ezequiel 10:1 y 8-22). “Estaban llenos de ojos alrededor” y tenían “cuatro caras”. También Zacarías vio “cuatro carros”, que “son los cuatro espíritus del cielo que salen después de haberse presentado ante el Señor de toda la tierra” (Zacarías 6:1-5, NVI). Es evidente que al profeta no le resultó fácil describir lo que se le presentó en visión.

Esos cuatro seres vivientes están más próximos al trono de Dios que los veinticuatro ancianos. Representan todo lo que significa el trono de Dios. Todo lo observan, y son capaces de reportar y administrar con perfecto conocimiento y sabiduría. Son ellos quienes dirigen la adoración ante el trono de Dios. Cuando ellos dan gloria, honor y gracias a Dios, les siguen los veinticuatro ancianos.

En su obra y carácter parecen destacarse cuatro aspectos. Poseen la razón, inteligencia y amor típicos del corazón humano. Exhiben la majestad, valor y valentía del león. Tienen la fortaleza paciente y sumisa de un buey. Y tienen la agudeza visual y celeridad del águila. En el santuario israelita estaban representados por los dos ángeles que guardaban el propiciatorio —la cubierta del arca— en el lugar santísimo del santuario. Son órdenes de seres celestiales prodigiosos que hacen la voluntad de Dios y llevan a cabo el plan de salvación. La organización del gobierno celestial de Dios es más compleja que cualquier cosa en nuestro mundo dominado por la tecnología digital.

En los anales de la historia humana el desarrollo de las naciones y el surgimiento y caída de los imperios parecen depender de la voluntad y habilidad humanas. Se diría que el devenir de los

acontecimientos viene determinado por el poder, ambición y caprichos del hombre. Pero en la Palabra de Dios se descorre el velo, y por encima, detrás, y en todo el tira y afloja de los intereses humanos, del poder y de las pasiones, contemplamos a los agentes que cumplen silenciosa y pacientemente los designios y la voluntad de Aquel que está lleno de misericordia. Aprendemos esa lección en la maravillosa representación simbólica que se dio al profeta Ezequiel durante su destierro en la tierra de los caldeos. Los símbolos que se le presentaron revelan la acción de un poder sin parangón en los gobiernos terrenales.